

CIENCIA Y PSEUDOCIENCIA EN PSICOLOGÍA Y PSIQUIATRÍA

Marino Pérez Álvarez
Madrid: Alianza Editorial. 2020

¿ADAPTAMOS LA PSICOLOGÍA A LA CIENCIA O
LA CIENCIA A LA PSICOLOGÍA?

José Errasti y Susana Al-Halabi
Departamento de Psicología. Universidad de Oviedo

Mirando de reojo a otras disciplinas, intentando ganar una credibilidad que le ha sido esquiva durante buena parte de su historia, la Psicología ha abrazado más fuerte que ninguna otra de las Humanidades la etiqueta de “ciencia”, en un intento de ganar el prestigio asociado a otros conocimientos prototípicamente científicos, como la física, la medicina o la computación. Pocos son los psicólogos que no remarquen su carácter científico, pocos los manuales de Psicología que no destacan en sus primeras páginas la naturaleza científica del texto que se va a leer.

Ahora bien, este interés por incluirse dentro de las disciplinas científicas no suele ir acompañado por un interés semejante a la hora de estudiar filosofía de la ciencia. Así como hay ciencias que estudian las células, otras, los planetas, otras, las moléculas, no hay ninguna ciencia que tome a las ciencias como objeto de estudio. Dicho de otra manera: qué es la ciencia no es una pregunta científica sino filosófica, y la obcecación en considerarse científicos que tienen la gran mayoría de los psicólogos sólo resulta comparable al desinterés por adquirir la menor formación en epistemología, que les permitiría tener una idea de ciencia más allá del fundamentalismo, el mito, la moda y la ideología que encontramos a nivel popular acerca de lo que hacen las personas con bata blanca en sus laboratorios.

Por esto, el reciente libro “Ciencia y pseudociencia en psicología y psiquiatría” resulta ser especialmente relevante, y es una muestra más de la capacidad que tiene Marino Pérez Álvarez para tratar temas cruciales que están hirviendo en el campo de la Psicología sin perder en ningún momento el nivel académico que ya caracteriza al que es —vamos a ser moderados en nuestro juicio— una de las más extraordinarias e indiscutibles figuras punteras de la Psicología nacional desde hace varias décadas. Una vez más, Pérez Álvarez ha firmado un texto a la vez divulgativo y riguroso, de plena actualidad e intemporal, claro en la exposición de posturas necesariamente complejas. Que nadie espere encontrar en “Ciencia y pseudociencia en psicología y psiquiatría” ni un entusiasmo por una visión mundana y vulgar de la Psicología como ciencia —positivismo de los años 50, método hipotético-deductivo, falsabilidad popperiana, énfasis en el cuantitativismo... tan habituales en los que se dicen “divulgadores científicos”— ni una refutación de todo rigor y criterio llevado por pragmatismos o metafísicas.

Ni lo uno ni lo otro. Antes bien, Marino Pérez Álvarez, subido a los hombros del gigante filósofo Gustavo Bueno, intenta colocar a la Psicología en su sitio, y aclarar qué estatuto científico corresponde a tal espacio. El lugar de la Psicología no es el de la medicina ni el del individualismo humanista, no es el de la neurociencia ni el del bluff de la llamada “psicología positiva”. El autor nos ha enseñado a lo largo de toda su carrera que tan importante como contestar a las preguntas es plantearlas correctamente, y este principio pasa por presentar al lector en la primera parte de la obra toda una teoría de la ciencia, desde luego, más allá de la corriente principal, en donde el objeto de estudio no se recorte, como el lecho de Procasto positivista nos acostumbró, a la medida de un método que es ajeno a la Psicología y se adopta por mero

papanatismo fiscalista. Por el contrario, cabría entender que la epistemología no puede ser ajena a la ontología sino dependiente de ella, y que la ciencia de la Psicología sólo podrá desarrollarse de forma cabal sobre una construcción sólidamente filosófica de su objeto de estudio, centrada en su carácter funcional.

No es la obra de Marino Pérez Álvarez una obra “contra el método”, pero sí es una obra “contra los pre-juicios metodológicos”. Y el primer banco de pruebas contra el que se mide cualquier teoría de la ciencia es el de la definición de su objeto de estudio, es decir, el de la demarcación entre la ciencia y otro tipo de prácticas que quedarían excluidas de tal rango. En particular, la demarcación entre ciencia y pseudociencia parece ser especialmente relevante en este momento. Todos somos capaces de poner ejemplos de ciencias y de pseudociencias, pero no resulta tan sencillo formular con precisión el criterio que corta entre ambas. Los intentos que tradicionalmente se han propuesto han dado protagonismo a los aspectos metodológicos, dando a entender que existe “un” método científico que unificaría a la paleontología, la mecánica cuántica, la lingüística comparada, la química inorgánica... y que la Psicología debiera practicar. En particular, en el campo de la Psicología y la psiquiatría, ese método se basaría en los ensayos clínicos aleatorizados, un tipo de estudio tomado de la medicina y que se ha convertido en el estándar dorado de la investigación en psicoterapia.

Marino Pérez Álvarez aplica este criterio de los ensayos clínicos aleatorizados a una de las psicoterapias más controvertidas, la EMDR —Eye Movement Desensitization and Reprocessing—, estableciendo una comparación entre ella y la Terapia Cognitivo-Conductual (TCC)—el estándar de terapia psicológica en la actualidad, avalada científicamente desde la visión fiscalista y metodológica de la ciencia imperante—. Los resultados son cuando menos ambiguos, y la EMDR puede presentar a su favor los ensayos clínicos aleatorizados y los metaanálisis que la colocarán en la misma categoría que la TCC. Éste es justamente el problema: los análisis meramente cuantitativos de resultados resultan opacos a los procesos que están funcionando en la terapia. La investigación biomédica trabaja con procesos mecánicos paratéticos que habitualmente pueden ser directamente inferidos a partir del registro de sus efectos biológicos, pero éste no es el caso de la psicoterapia, en donde la relación terapéutica, apotética e interactiva, se vincula de forma mucho más indirecta con el recuento de ítems artificiosos en un cuestionario creado justamente para poder ser analizado según la estadística biomédica.

El cuantitativismo que le es propio a muchas medidas biomédicas no parece apropiado para los asuntos de los que se ocupa la psicoterapia. La ciencia no tiene una única frontera, la que le separa de la pseudociencia, sino que también ha de establecer criterios de demarcación respecto del cientifismo y el fundamentalismo científico, errores igualmente graves en los que no debemos caer. Las ciencias humanas son demasiado complejas como para reducir las a criterios positivistas. Una vez más: necesitamos una idea de ciencia que se ajuste al objeto y la lógica que le es propia a la Psicología, y no una idea de Psicología que se ajuste al objeto y la lógica de otras disciplinas, por mucho que éstas superen en prestigio y aplicaciones a la Psicología.

Rechazar el método positivista como el método al que deba plegarse la Psicología permite igualmente colocarse en un punto de vista privilegiado para entender la trampa que se encierra en el *coaching*, la neurocharlatanería, la inteligencia emocional, la psicología positiva, y otras muchas psicologías formales que se apoyan en unos supuestos datos objetivos, dados en el mundo tal cual ellas los muestran, fingiendo que no se los está construyendo desde presupuestos teóricos o ideológicos —a menudo, desapercibidos para el propio “psicólogo científico”—. Y, por otro lado, aclarar conceptualmente qué es la Psicología despeja de forma muy importante el camino para enten-

der de forma cabal qué es un trastorno psicológico y qué es la psicoterapia como intervención sobre dicho problema.

A ello se dedica la parte final de esta obra, que comienza por un cuestionamiento radical acerca de la posibilidad de que las intervenciones farmacológicas sobre los problemas psicológicos puedan ser considerados realmente como tratamientos, al estar dados aquéllas y éstos a escalas incompatibles. La propia noción de efecto placebo —otro asunto clásico en la investigación biomédica que la investigación en psicoterapia ha pretendido incorporar a sus diseños de forma simplista— es reinterpretada por Marino Pérez Álvarez desde un punto de vista holístico-conceptual, del que sale ampliada e inherentemente asociada a la intervención psicoterapéutica, sin que cupiera distinguir ponderalmente el efecto placebo de otros efectos específicos debido a los elementos concretos que incorpora la intervención. Finalmente, los conceptos de persona y de situación permiten al autor proponer una concepción contextualista de los trastornos y sus terapias, alejada de “dentros” y “fuera”, en donde los aspectos personales, biográficos y sociales quedan inte-

grados y no meramente yuxtapuestos, como es habitual entre los defensores del mantra biopsicosocial.

“Ciencia y pseudociencia en psicología y psiquiatría” es una obra académica que, por ello, no está pensada para ser defendida o invalidada, sino para ser debatida, y su lectura resulta inexcusable para todos los que se interesan por la naturaleza de la Psicología, los problemas psicológicos y la psicoterapia más allá de los simplismos y lugares comunes habituales. No haría falta ver el nombre de Marino Pérez Álvarez en la portada para identificarle como su autor, dada la coherencia que esta obra mantiene con la bibliografía anterior del catedrático asturiano, caracterizada por la lucidez, la excelencia, la heterodoxia y la sólida argumentación, que sin duda continuarán en su producción futura. Si el que sólo sabe de Psicología ni siquiera sabe de Psicología, el que quiera practicar la psicoterapia sólo desde apriorismos científicos positivistas ni siquiera va a estar practicando la psicoterapia. “Ciencia y pseudociencia en psicología y psiquiatría” puede ayudarle a empezar a hacerlo